

Agatha Christie[®]



**EL MISTERIO
DE LAS SIETE
ESFERAS**

booket

Agatha Christie

El misterio de las siete esferas

Traducción de Carlos Paytuví de Sierra



Capítulo 1

En el que se compran despertadores

Aquel agradable joven llamado Jimmy Thesiger bajó de dos en dos los peldaños de la gran escalera de Chimneys. Tan precipitado era su descenso que fue a chocar con Tredwell, el majestuoso mayordomo, cuando este cruzaba el vestíbulo llevando café recién hecho. Solo debido a su maravillosa presencia de ánimo y a su agilidad de acróbata, no ocurrió una catástrofe.

—Discúlpeme —se excusó Jimmy—. Oiga, Tredwell, ¿soy el último en bajar?

—No, señor. Mr. Wade está aún en sus habitaciones.

—¡Magnífico! —respondió Jimmy entrando en el comedor.

No había nadie en él, excepto su anfitriona, cuya mirada de reproche le causó la misma sensación de incomodidad que experimentaba al ver los ojos de un abadejo en el mostrador de la pescadería. ¿Por qué tenía aquella señora que mirarle de esa forma? Cuando se pasan unos días en una casa de campo, no es costumbre presentarse a desayunar puntualmente a las nueve y media. Es verdad que habían dado ya las once y cuarto, hora que acaso constituyera el límite máximo, pero, después de todo...

—Temo haber bajado algo tarde, lady Coote, ¿no le parece?

—¡Oh, no importa! —repuso la dama con voz melancólica.

En realidad, la gente que llegaba tarde al desayuno le despertaba una seria preocupación. Durante los diez primeros años de su vida de casada, su marido, sir Oswald Coote (que todavía no era noble), armaba un terrible escándalo si su primera comida del día le era servida medio minuto después de las ocho de la mañana. Lady Coote aprendió a considerar la falta de puntualidad como uno de los más horrendos pecados. El hábito es difícil de cambiar. Era, además, una mujer diligente y no podía dejar de preguntarse dónde llegarían aquellos jóvenes en la vida a menos que se levantaran temprano. Como sir Oswald a menudo había dicho a periodistas y amigos: «Atribuyo enteramente mi éxito a mi costumbre de madrugar, a mi vida frugal y metódica».

Lady Coote era una mujer alta y bien parecida con un estilo un tanto trágico. Poseía unos ojos de mirada triste y una voz profunda. El artista que buscara un modelo para *Raquel llorando a sus hijos* habría estado encantado con ella. Tampoco hubiese hecho mal papel en los melodramas, interpretando a la sufrida esposa que escapa en medio de la ventisca de las garras del villano.

Parecía como si, en su vida, hubiera una gran pena secreta; sin embargo, a decir verdad, lady Coote no se había visto turbada jamás, excepto por la meteórica ascensión de sir Oswald a la prosperidad. En su juventud fue una alegre y extravagante criatura, muy enamorada de Oswald Coote, el ambicioso joven de la tienda de bicicletas contigua a la ferretería de su padre. Vivieron muy felices: al principio en dos habitaciones, en una casa pequeña después, en una mayor a continuación y, más tarde, en sucesivas casas de crecientes dimensiones, pero siempre a razonable distancia «del trabajo», hasta que sir Oswald alcanzó tal preeminencia que él y «el trabajo» no eran ya interdependientes, complaciéndose entonces en alquilar la mayor y más suntuosa residencia que pudo encontrar en toda Inglaterra. Chimneys, propiedad del marqués de Caterham, era un lugar

histórico y, al alquilarlo durante dos años, sir Oswald creyó haber alcanzado la cima de su ambición.

Lady Coote no compartía la misma satisfacción. Era una mujer solitaria. Durante la primera parte de su vida de casada su principal entretenimiento consistió en franquearse con «la muchacha», e incluso, cuando «la muchacha» se multiplicó por tres, la conversación con sus criadas constituyó aún la principal distracción de lady Coote. Ahora, con múltiples doncellas, un mayordomo majestuoso como un arzobispo, varios criados de formidables proporciones, un enjambre de pinches de cocina y lavaplatos, un terrible cocinero con temperamento, un ama de llaves gorda como un globo inflado y bajo cuyos pies parecía crujir el suelo, lady Coote se encontraba como en una isla inhóspita, desierta.

Suspiró, resignada, y salió por la puerta cristalera, con notable alivio para Jimmy Thesiger, que inmediatamente se sirvió más riñones y más beicon.

Lady Coote permaneció unos instantes en actitud trágica en la terraza, haciendo acopio de valor para hablarle a MacDonald, el jardinero jefe, que contemplaba el dominio sobre el cual reinaba con ojo autocrático. MacDonald era el príncipe entre los jardineros jefes. Conocía su función: gobernar. Y lo hacía como un déspota.

Lady Coote se le acercó, presa de nerviosismo.

—Buenos días, MacDonald.

—Buenos días, milady.

Hablaba como correspondía a los jardineros jefes, con un tono lúgubre pero muy digno, como un emperador en un entierro.

—Me preguntaba si esta noche podríamos tener uvas de postre.

—Todavía no están a punto para ser cogidas —dijo MacDonald, bondadosa pero firmemente.

—¡Oh! —exclamó lady Coote.

Entonces reunió todo su valor.

—Ayer estuve en el invernadero, probé una y me pareció muy buena.

MacDonald le dirigió una mirada de reproche que la hizo sonrojarse como si se hubiese tomado una imperdonable libertad. Evidentemente, la fallecida marquesa de Caterham no se había atrevido jamás a entrar en uno de sus propios invernaderos a coger uvas.

—Si milady lo hubiese ordenado, se le habría servido un racimo —dijo MacDonald con voz severa.

—¡Oh, gracias! —repuso lady Coote—. En otra ocasión, así lo haré.

—Pero no están todavía a punto para ser cogidas.

—No, supongo que no —murmuró lady Coote—. Lo dejaremos para mejor ocasión.

MacDonald mantuvo un silencio impresionante. Lady Coote volvió a hacer acopio de valor.

—Iba a hablarle del césped de más allá de los rosales. He pensado que podríamos usarlo como pista de bolos. A sir Oswald le gusta mucho ese juego.

«¿Y por qué no?», pensó lady Coote. Conocía bien la historia de Inglaterra. ¿No estaba sir Francis Drake jugando a los bolos cuando la Armada española fue avistada? Era, indudablemente, un juego de caballeros al que MacDonald no podría oponer ninguna objeción razonable. Pero no contaba con la característica predominante de todo buen jardinero jefe, que consiste en oponerse a todas y cada una de las insinuaciones que se le hagan.

—Sin duda podría ser usado para ese fin —observó MacDonald, sin comprometerse.

Pronunció esas palabras en tono descorazonador, aunque su verdadero objetivo era hacer que lady Coote caminara hacia su propia destrucción.

—Si se recortara y limpiara... En fin —dijo la señora esperanzadamente.

—Sí —repuso MacDonald despacio—. Podría hacerse,

pero, para eso, Williams tendría que dejar su trabajo en el arriate inferior.

—¡Oh! —exclamó lady Coote, vacilante.

Las palabras *arriate inferior* carecían de significado para ella, aunque era indudable que constituían una insuperable objeción desde el punto de vista de MacDonald.

—Y sería una lástima tener que hacerlo —prosiguió el jardinero jefe.

—Sí, desde luego —dijo lady Coote—. Claro que sí. —Se preguntó por qué asentía tan fervorosamente.

MacDonald le dirigió una mirada muy dura.

—Por supuesto —observó el hombre—, si milady lo ordena...

Dejó la frase sin terminar, pero su tono amenazador era demasiado para ella y capituló enseguida.

—¡Oh, no! —repuso—. Comprendo lo que quiere decir, MacDonald. No, es preferible que Williams siga en el arriate inferior.

—Eso mismo pensaba yo, milady.

—Sí —dijo lady Coote—. Sí, ciertamente.

—Supuse que estaría de acuerdo conmigo, milady —siguió diciendo el jardinero jefe.

—Oh, ciertamente —repitió ella.

MacDonald se llevó la mano al ala del sombrero en señal de despedida y se alejó.

Lady Coote suspiró, apesadumbrada, y miró cómo se alejaba. Jimmy Thesiger, repleto de riñones y beicon, salió a la terraza y suspiró de una forma muy diferente.

—Magnífica mañana —comentó.

—¿Usted cree? —dijo lady Coote con aire ausente—. ¡Oh, sí! Supongo que sí. No lo había notado.

—¿Dónde están los demás? ¿Navegando en el lago?

—Creo que sí. Quiero decir que no me extrañaría.

Lady Coote dio media vuelta y entró rápidamente en la casa. Tredwell estaba examinando la cafetera.

—¡Oh! —dijo lady Coote—. ¿No ha bajado el señor...?

—¿Wade, milady?

—Sí, Mr. Wade. ¿No ha bajado aún?

—No, milady.

—Es muy tarde.

—Sí, milady.

—¡Oh! Supongo que bajará en algún momento, Tredwell.

—Indudablemente, milady. Ayer bajó a las once y media.

Lady Coote consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para las doce. La invadió una ola de compasión.

—Tredwell, es muy pesado para usted tener que servir desayunos tan tarde y la comida a la una.

—Estoy acostumbrado a los caballeros jóvenes, milady.

El reproche era digno, pero inequívoco. En los mismos términos habría podido un príncipe de la Iglesia reprocharle a un turco o a un infiel que hubiese, de buena fe, cometido una irreverencia.

Lady Coote se sonrojó por segunda vez aquella mañana; pero entonces se produjo una oportuna intervención. La puerta se abrió y un joven de aspecto grave, provisto de gafas, asomó la cabeza.

—¡Oh, está aquí, lady Coote! Sir Oswald pregunta por usted.

—Me reuniré con él enseguida, Mr. Bateman.

Lady Coote se alejó apresuradamente.

Rupert Bateman, secretario particular de sir Oswald, salió por la puerta cristalera, junto a la cual se encontraba Jimmy Thesiger en actitud displicente.

—Buenos días, Pongo —dijo Jimmy—. Supongo que tendré que ir y mostrarme agradable con esas condenadas chicas. ¿Me acompañas?

Bateman negó con la cabeza, cruzó la terraza a paso ligero y desapareció por el ventanal de la biblioteca. Jimmy lo miró, sonriente. Habían ido al mismo colegio cuando

Bateman era un muchacho serio que usaba gafas, le pusieron el mote de Pongo sin razón aparente alguna.

Pongo seguía siendo la misma clase de zoquete de antes, pensaba Jimmy. Las palabras *la vida es real*, *la vida es diligencia* parecían escritas especialmente para él.

Jimmy bostezó y se encaminó lentamente en dirección al lago. Las muchachas se encontraban allí y no tenían nada de extraordinario: dos de ellas eran de cabello oscuro y la otra rubia. La que se reía más era Helen, según pensó Jimmy; había otra, llamada Nancy, y a la tercera se la conocía, por alguna razón indeterminada, por Socks. Con ellas se encontraban sus dos amigos: Bill Eversleigh y Ronny Devereux, que estaban empleados en el Foreign Office a título puramente ornamental.

—Hola, Jimmy —dijo Nancy, o posiblemente Helen—. ¿Dónde está ese como se llame?

—No querrás decir que Gerry Wade no se ha levantado todavía, ¿verdad? —observó Bill Eversleigh—. Deberíamos hacer algo al respecto.

—Si no tiene cuidado, algún día, cuando baje a desayunar, se encontrará con que ya se ha servido el té —dijo Ronny Devereux.

—Es una vergüenza —intervino la muchacha conocida por Socks—. Su actitud preocupa mucho a lady Coote. Cada día se parece más a una gallina que quiere poner un huevo y no puede. No está bien.

—Saquémosle de la cama —propuso Bill—. Vamos, Jimmy.

—Tenemos que ser más sutiles —objetó Socks.

Sutil era una palabra que parecía gustarle mucho y que empleaba con mucha frecuencia.

—Yo no soy sutil —repuso Jimmy—. No sé qué hay que hacer para serlo.

—Pongámonos de acuerdo y hagamos algo al respecto mañana por la mañana —sugirió Ronny vagamente—. Po-

dríamos hacerle levantar a las siete. La casa se tambaleará: Tredwell perderá las patillas y dejará caer la tetera. Lady Coote tendrá un ataque de nervios y se desmayará en brazos de Bill. Sir Oswald exclamará: «¡Ah!», y las acciones del acero subirán un punto y cinco octavos. Pongo dará muestras de emoción arrojando las gafas al suelo y piso-teándolas.

—No conoces a Gerry —observó Jimmy—. Me atrevo a asegurar que una suficiente cantidad de agua fría, cuidadosamente administrada, podría despertarlo, pero solo se daría la vuelta y se quedaría dormido de nuevo.

—Debemos pensar en algo más sutil que el agua fría —protestó Socks.

—¿Como qué? —preguntó Ronny con brusquedad.

Nadie supo contestarle.

—Tendríamos que pensar en algo distinto —dijo Bill—. ¿Quién es capaz de usar su cerebro?

—Pongo —afirmó Jimmy—. Ahí viene a toda prisa, como de costumbre. Pongo siempre ha tenido cerebro. Eso ha sido su desgracia desde que era niño. Pidámosle consejo.

Mr. Bateman escuchó con paciencia las propuestas, un tanto incoherentes. Su actitud era la de alguien que se dispone a levantar el vuelo. Les dio la solución sin pérdida de tiempo.

—Yo sugeriría un despertador —dijo con voz enérgica—. Tengo uno para evitar quedarme dormido por la mañana. He averiguado que una taza de té en la cama servida con discreción no es suficiente para despertarse del todo.

Se alejó con paso rápido.

—Un despertador —observó Ronny meneando la cabeza—. ¡Un despertador! Se necesitarían por lo menos una docena para despertar a Gerry Wade.

—¿Y por qué no? —repuso Bill muy acalorado—. ¡Ya lo tengo! Vayamos a Market Basing y compremos un despertador cada uno.

Hubo risas y confusión. Bill y Ronny fueron en busca de los coches. Jimmy fue el encargado de ir a espiar al comedor y regresó rápidamente.

—Ya está allí —dijo—, desquitándose del tiempo perdido, comiendo grandes cantidades de tostadas y mermelada. ¿Cómo evitaremos que venga con nosotros?

Se decidió que había que encargarle a lady Coote que lo retuviera en la casa, algo que llevaron a cabo Jimmy, Nancy y Helen. Lady Coote se sintió asombrada y preocupada.

—¿Una broma? Tendrán cuidado, ¿verdad, chicos? Quiero decir que no romperán los muebles ni emplearán demasiada agua. Tenemos que devolver la casa la semana próxima y no me gustaría que lord Caterham pensara...

Bill, que había regresado del garaje, la tranquilizó.

—No tema, lady Coote. Bundle Brent, la hija de lord Caterham, es una buena amiga mía y también le gustan mucho las bromas. Créame. De todos modos, no causaremos ningún estropicio. Planeamos algo muy distinto.

—Sutil —dijo la muchacha llamada Socks.

Lady Coote se alejaba tristemente por la terraza cuando Gerald Wade salió del comedor. Jimmy Thesiger era un joven rubio y de aire angelical, y todo cuanto podía decirse de Gerald Wade es que era aún más rubio y más angelical y que su rostro vacío de expresión hacía, por contraste, parecer inteligente el de Jimmy.

—Buenos días, lady Coote —dijo Gerald Wade—. ¿Dónde están los demás?

—Han ido a Market Basing.

—¿Para qué?

—Alguna broma —dijo lady Coote con su voz profunda y melancólica.

—Es muy temprano para bromas —observó Mr. Wade.

—No tanto como usted cree —repuso lady Coote agudamente.

—Temo haberme retrasado algo —dijo Mr. Wade con

admirable franqueza—. Es algo extraordinario, pero siempre soy el último en levantarme.

—Muy extraordinario —murmuró lady Coote.

—No sé por qué será —siguió diciendo Mr. Wade con aire dubitativo—. No puedo imaginarlo.

—¿Por qué no se levanta temprano, simplemente? —sugirió lady Coote.

—¡Oh! —exclamó Mr. Wade. La sencillez de la solución la sorprendió.

Lady Coote siguió hablando animadamente.

—He oído muchas veces a sir Oswald asegurar que nada hay tan provechoso para un joven como adquirir la costumbre de la puntualidad.

—Ya lo sé —observó Mr. Wade—. Tengo que hacerlo cuando estoy en la ciudad. Quiero decir que debo estar en el Foreign Office cada día a las once de la mañana. No debe usted creer que soy un perezoso, lady Coote. ¡Qué flores tan bonitas tiene en el arriate inferior! —prosiguió, cambiando rápidamente de tema—. No puedo recordar cómo se llaman, pero en casa hay algunas de esas de color malva. A mi hermana le encanta cuidar el jardín.

Lady Coote mordió el anzuelo. La jardinería la traía de cabeza.

—¿Qué clase de jardineros tiene?

—Solo uno. Es un viejo algo atontado, que no conoce demasiado bien su oficio, pero hace lo que se le dice. Y eso es muy importante, ¿no cree usted?

Lady Coote asintió con una profundidad de sentimientos en su tono de voz que habría sido de un valor incalculable para una actriz dramática. Comenzaron a hablar de las iniquidades de los jardineros.

Entretanto, la expedición llevaba a cabo sus planes. El principal establecimiento comercial de Market Basing fue invadido y su propietario se sintió notablemente asombrado por la súbita demanda de despertadores.

—¡Ojalá estuviera Bundle aquí! —murmuró Bill—. Tú la conoces, ¿verdad, Jimmy? Os gustaría mucho. Es una chica espléndida y, además, muy inteligente. ¿La conoces tú, Ronny?

El aludido movió la cabeza.

—¿No conoces a Bundle? ¿Dónde has estado vegetando?

—Debes ser algo más sutil, Bill —dijo Socks—. Deja ya de alabar a tus amigas y sigamos con nuestros asuntos.

Mr. Murgatroyd, propietario de Murgatroyd's Stores, habló con gran elocuencia.

—Si me permite aconsejarla, señorita, yo no escogería el de siete chelines y once peniques. Es un buen reloj. No intento desprestigiarlo, pero no puede compararse con este de diez chelines con seis peniques. Vale la pena pagar la diferencia. No me gustaría que después pudiera usted pedirme...

Era evidente para todos que había llegado el momento de poner fin a la verborrea de Mr. Murgatroyd.

—No queremos un despertador que funcione bien —dijo Nancy.

—Mientras lo haga durante un día, tenemos bastante —observó Helen.

—No queremos un despertador sutil —intervino Socks—. Solo tiene que sonar muy fuerte.

—Queremos... —empezó a decir Bill.

No pudo acabar la frase, porque Jimmy, que tenía aptitudes técnicas, había captado el mecanismo. Durante los siguientes cinco minutos en la tienda no se oyó otra cosa que el terrible sonido de varios despertadores sonando a la vez. Finalmente escogieron seis.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Ronny—. Compraré uno en nombre de Pongo. Después de todo, fue una idea suya y sería una vergüenza que no estuviera representado.

—Muy bien —observó Bill—. Y yo me quedará uno en nombre de lady Coote. Cuantos más haya, mejor. Además,

no debemos olvidar la ayuda que nos presta. A buen seguro, en estos momentos estará martirizando al pobre Gerry.

Ciertamente, en aquel instante lady Coote estaba relatando con todo detalle una larga historia acerca de MacDonald y un melocotón que ganó un premio, con lo que se estaba divirtiendo mucho.

Los relojes fueron envueltos y pagados. Mr. Murgatroyd vio alejarse los coches con aire asombrado. Los jóvenes de clase alta eran muy vivarachos, aunque bastante difíciles de comprender. Se volvió, con un suspiro de alivio, para atender a la esposa del vicario, que quería un nuevo tipo de tetera que no goteara.